

843

Q

PQ 2378

.Q3

A98

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL AVENTURERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

La señora de Dartigues estaba trabajando al lado de la ventana, en cuya repisa florecía una maceta de geranio, y con mano ágil plegaba la tela de un elegante vestido que, ciertamente, no le estaba destinado. Muy aplicada al trabajo, no levantaba los ojos de su labor más que para mirar á un niño de cuatro años que estaba jugando sentado en el suelo, mientras silbaba bajito, muy ocupado en destruir un muñeco de madera. La habitación en que estaban la madre y el hijo era el comedor del modesto piso quinto de una sombría casa situada en la calle de Condorcet. Todo en aquel departamento indicaba una minuciosa limpieza que ocultaba la miseria; pero la escasez de muebles, la mesa coja calzada con un ladrillo y el fogón de hierro lleno de hendiduras en que hervía la olla de familia, demostraban las dificultades de la vida corriente y la privación de todo bienestar, ocultas por orgullo y acaso por pru-

dencia. Un golpe seco que sonó en la puerta interrumpió el trabajo de la obrera.

— ¡Adelantel dijo sin moverse.

La puerta se abrió y apareció en el umbral el uniforme azul de los cobradores del Banco. El niño dejó el muñeco, se puso en pie y se dirigió, lleno de curiosidad, hacia la cartera sujeta con una cadena que el cobrador registraba con presteza.

— ¿Vive aquí don Juan Dartigues?

— Sí, señor.

— Vengo á cobrar un pagaré... Cien francos... ¿Tiene usted el dinero?

La señora se ruborizó, dejó la labor en una mesilla que tenía delante, apartó la silla y cogiendo el pagaré le examinó con cuidadosa inquietud. El cobrador conocía aquellos juegos de fisonomía y estaba al corriente, hacía mucho tiempo, de las angustias que causaban á los clientes aquellos papeles de color que recordaban un vencimiento fácilmente olvidado. Como no tenía tiempo que perder ni mucha sensibilidad que prodigar, dijo en tono brusco:

— ¿Está usted dispuesta?

— No, señor, respondió la pobre mujer angustiada; mi marido no me ha hablado de este pagaré...

— ¡Bueno! ¡Bueno! Eso no me importa. Ya se explicarán ustedes en familia.

El cobrador desprendió un papel de un libro talonario, escribió en él unas palabras con lápiz, le dejó encima de la mesa y dijo:

— Tiene usted hasta mañana á las tres para pagar. Ventanillo 10.

Cerró ruidosamente el muelle de la cartera, se la puso debajo del brazo, se caló el sombrero de dos picos y se marchó con indiferencia. En cuanto se cerró

la puerta, la obrera se dejó caer en la silla como si le faltaran las fuerzas y bajó la cabeza. El llanto inundó sus mejillas y la pobre mujer exclamó:

— ¡Dios mío! ¿Dónde voy á encontrar este dinero? Y si no le encuentro ¿qué va á ser de mí?

El niño se aproximó en silencio á su madre y dijo al cabo de un instante:

— ¿Por qué lloras? Los niños está bien que lloren pero no las mamás.

Esta inocente intervención redobló el dolor de la infeliz mujer, que dejó escapar un sollozo y dijo cogiendo al niño en brazos:

— ¡Ah! Mi pobre Pedro... ¡Si tú supieras! Pero no; no puedes comprender... ¡Qué dicha para ti! ¡Oh! Querido hijo mío... Tengo mucha pena... ¡Somos muy desgraciados!

— ¿Quién te ha dado esa pena? preguntó el niño frunciendo el entrecejo. ¡Dímelo para que le pegue!

— ¡Oh! querido hijo mío... No puedes hacerle nada, ni yo tampoco. ¡Si le conocieras! Él puede, á su arbitrio, salvarnos ó perdernos... ¡Dependemos de él y nos pierde! ¡Dios mío! ¡Nos pierde al perderse él!

— ¿Qué es perdernos? ¿Es como el niño que me has dicho que se perdió en el bosque?

— No, hijo mío, porque ese niño fué abandonado por su madre y yo no me separaré de ti mientras viva.

El niño aproximó la frente á los labios de su madre.

— Entonces, si me quedo contigo ¿cómo es que me voy á perder?

— Sí, tienes razón, ángel mío. Anda, no pienses más en estas cosas... La pena no debe ser para ti... Juega y sé dichoso mientras no sabes lo que es la vida.

Y la obrera se volvió á sentar y con mayor actividad que nunca se puso á dar puntadas en la seda clara del vestido.

Era una linda rubia, de ojos oscuros, de talle esbelto, vestida con una sencillez casi miserable, pero elegante á pesar de todo á fuerza de cuidado y de limpieza. Su traje de percal y su cuello blanco realzaban su seno redondo y su cabeza de cabello naturalmente ondulado. Una arruga de preocupación daba á su frente una severidad, desmentida por la sonrisa con que miraba al niño sentado á sus pies. Parecía muy superior á su situación y como fuera de su sitio en aquel albergue de pobreza y de privaciones. Era una hija de la clase media cuidadosamente educada y propia para tener un rico almacén ó para ocuparse de su casa con la ayuda de criados. No se comprendía cómo aquella linda mujer había ido á parar en tal zaquizamí, situado en pleno tejado y en el que era presa de la escasez y de la pena.

Su historia era sencilla, sin embargo, é igual á la de tantas pobres muchachas á quienes sus padres, por una ambición inmoderada, dan una instrucción superior á su clase. Había nacido en Rouen y sus padres eran un inspector del puerto y la hija de un tal Delamarre, de Monville. Delamarre, arrendador cuyos negocios no marchaban bien, había hecho relucir á los ojos del inspector del puerto una renta vitalicia más fácil de dar que un dote en dinero contante, y mientras él vivió pagó la renta, pero un día se encontró al bueno del arrendador muerto en su carricoche cuando volvía de la feria de Cleres, y el propietario de la granja, á quien se debían dos años de alquiler, embargó los aperos de labor para cobrarse. La mujer de Delamarre quedó, pues, á cargo de su yerno, sin aportar á la

modesta casa del empleado más recursos que algunas alhajas personales, un buen guardarropa y unos cuantos canastos de ropa blanca en buen estado. Tuvieron por tanto que estrecharse en el reducido cuarto de la calle de Charrettes y la pequeña Francine, que tenía entonces doce años, fué la encargada de asegurar, por medio de serios estudios, el porvenir de la familia. El inspector del puerto decía con frecuencia :

— Con mis relaciones en la Prefectura y el apoyo del Ayuntamiento, en cuanto mi hija tome los diplomas, no será difícil que encuentre un empleo en Correos ó la dirección de una escuela. Pero es preciso que trabaje; de eso depende su porvenir y el nuestro. Con lo que hayamos economizado y mi jubilación, nos instalaremos cerca de ella y viviremos felices.

El buen hombre hacía sueños muy sensatos; pero ¿qué sueños se realizan en la vida? Francine no defraudó las esperanzas de su padre en cuanto á sus éxitos en la escuela, pues salió airosamente de los exámenes y parecía en vías de obtener los favores administrativos anunciados por el inspector del puerto, cuando la casualidad hizo que conociese á Juan Dartigues.

Era el tal un buen mozo de origen provenzal, moreno, de mirada viva y blancos dientes, que había salido de Montpellier á buscar fortuna y trabajaba como contra-maestre en una fábrica de indiana del Petit-Quevilly. Dartigues dibujaba bien y los obreros le llamaban el Artista porque había influido sobre el principal hasta el punto de hacerle abandonar las antiguas planchas de la fabricación corriente para adoptar nuevos modelos de estilo moderno. Era un muchacho ingenioso, muy emprendedor, un poco embrollón y cuyo defecto principal consistía en una completa falta de ilación

en sus proyectos. Con la misma prontitud se inflamaba que se enfriaba, y lo que un día le parecía sublime, no le inspiraba interés alguno al día siguiente.

Con esa voluntad inconstante había echado á perder preciosas cualidades y se había tomado más trabajo para no lograr nada que otros para alcanzar grandes cosas. Después de haber rodado por toda Francia de fábrica en fábrica, haciendo diversos oficios y sobresaliendo en todos sin dedicarse á ninguno, se encontraba relegado en los alrededores de Rouen, mal pagado y muy descontento, pero siempre propenso á los sueños.

Buen hablador, se calentaba al fuego de sus propias palabras, y el primero á quien convenía era á sí mismo. Si sus tendencias hubieran sido subversivas, los obreros hubieran encontrado en él un consejero peligroso, pero nunca fué dado á la política, que le inspiraba una completa indiferencia. Lo que le fascinaba era la fortuna. Quería ser rico y cuando se engolfaba en su asunto favorito adquiría una singular elocuencia, su cara se transfiguraba, sus facciones tomaban una animación apasionada y sus ojos adquirían una expresión de éxtasis como si hubiera entrevisto en un repentino espejismo tesoros maravillosos.

Entonces se apoderaba de él una especie de embriaguez y explicaba con vehemencia fascinadora la nueva empresa que había concebido y que debía en breve plazo darle resultados prodigiosos. Describía las operaciones, calculaba las probabilidades, enumeraba los beneficios y siempre el éxito estaba asegurado, como en un maravilloso cuento de hadas. No se preocupaba ni de los caminos ni de los medios é iba siempre adelante empujado por su imaginación y pronto á abandonar lo real por lo quimérico. Así, dejando siempre la presa por la sombra, había llegado á contentarse con el

escaso salario que cobraba en la fábrica, sin haber podido permanecer en ninguna de las plazas que su actividad y su inteligencia le habían procurado. En sus momentos lúcidos, porque los tenía, decía riéndose de sí mismo, de sus esfuerzos y de su mala suerte:

— Juan Dartigues es la ardilla ágil é infatigable que da vueltas en una jaula sin avanzar un paso, haciéndose la ilusión del movimiento. ¡Bueno! Pero no siempre estará encerrada y el día en que haga girar la rueda seriamente, se verá quién es.

Hasta entonces no había logrado salir de la jaula. Daba en ella vueltas en el vacío; hacía fortuna todas las semanas, en su imaginación, y entretanto sus negocios iban bastante mal, pues tenía poco orden y se olvidaba fácilmente de pagar su hospedaje.

Un catorce de Julio, en un baile popular organizado en el puerto, Francine conoció á Juan Dartigues. El inspector se había visto precisado á asistir á la fiesta con su familia. Todos los obreros de los muelles, en trajes de domingo, estaban allí también, y los soldados de la guarnición aprovecharon el permiso hasta media noche para ir á su vez á divertirse un rato. La cerveza y el ponche circulaban á vasos llenos en la cantina, la alegría se hacía ruidosa y la atmósfera se convertía en irrespirable cuando la pareja de Francine, un empleado de aduanas, que vivía en la casa de la calle de Charrettes, propuso un paseo al muelle para tomar el aire.

Juan Dartigues, que había ido por casualidad á Rouen aquel día, fué presentado por un compañero al padre de Francine. Era Juan buen bailarín y con su ardor, su deseo de brillar como siempre y su facundia meridional, no tardó en hacerse el iniciador de todas las

bromas. Generoso como si fuera rico, convidó á todos los que le rodeaban y se dejaban comunicar su alegría. El dinero de la quincena que había cobrado el día anterior, pasó al cajón del cafetero mientras Dartigues se daba tono de rico heredero.

Juan salió con sus compañeros á gozar del tibio ambiente de la noche tranquila, transparente, y estrellada. Las calles de Rouen, iluminadas por guirnaldas de gas, estaban casi desiertas. El gran puente abría en la sombra el hueco de sus ojos por los que se deslizaba el agua rápida y brillante á la luz de la luna. Al salir del ruidoso salón de baile se sentía una tranquilidad deliciosa. La dulzura acariciadora de la brisa que descendía de las verdes colinas de Bon-Secours, refrescaba las frentes y reanimaba los pensamientos.

Los expedicionarios se pasearon lentamente por las losas entre las pirámides de toneles y las montañas de fardos. Á cada momento había que saltar algún cable ó evitar las anillas de hierro que sirven para amarrar los barcos, y Dartigues ofrecía el brazo á Francine. Así anduvieron ambos bastante tiempo y se encontraron enfrente del café cantante de la isla. El rumor de los instrumentos atravesaba las ondas rápidas y frías del río y llegaba hasta ellos como un recuerdo de la vida brutal en medio de la pacífica serenidad que los envolvía. Y con una poesía nueva é inesperada para la joven, pero que su refinada inteligencia comprendía muy bien, Dartigues se puso á comentar el encanto de aquella hora, exquisita excepción en la vida de trabajo y de tristeza.

Después empezó á exponer sus planes y sus esperanzas, animándose como de costumbre con sus propias palabras. Y bajo el claro cielo y al resplandor de las estrellas, la cara de aquel soñador pareció mara-

villosa á Francine, que escuchaba embelesada todos aquellos proyectos. Los compañeros atribuyeron poca importancia á toda aquella charla, pero la hija del inspector creyó en el genio de aquel hombre que expresaba sus ambiciones con un lenguaje tan arrebatador. La joven volvió al baile muy pensativa y como Dartigues se había marchado, Francine siguió á su padre sin sentir que se acabase la fiesta.

La semana siguiente la joven volvió á ver al contra-maestre y pronto se estableció cierta intimidad entre éste y el inspector. Dartigues iba los domingos á la calle de Charrettes y se llevaba á paseo á todo el mundo, lo que le daba ocasión de hacer la corte á Francine sin que el inspector pusiese inconveniente alguno, pues también él tenía confianza en la capacidad del contra-maestre y le creía en una posición inferior á su mérito que pronto habría de cambiarse en una brillante fortuna.

Todos sus proyectos para el porvenir fueron alterados por la aparición de Dartigues en la vida común. Ya no se pensó en empleos para Francine, ni en casarla con algún empleado del registro ó de la aduana. Aquel diablo de hombre tenía un modo de calentar las imaginaciones que no permitía el razonamiento y aniquilaba la voluntad. Y además la muchacha había contraído por él una de esas pasiones contra las cuales nada prevalece y que hacen abandonar padres y hogar para seguir al seductor.

Si Dartigues hubiera querido prescindir del sacramento con Francine, hubiera podido obtenerlo todo de su ternura, en el estado de locura en que se encontraba. Pero no pensó en eso. También él amaba, y con el mismo ardor de pensamiento que le hacía aumentar desmesuradamente los resultados de sus proyectos, llevó hasta el paroxismo su amor hacia la joven y se

convenció á sí mismo de que jamás había sentido ni sentiría una afección tan profunda.

El matrimonio se efectuó, y durante un año la pareja disfrutó una perfecta dicha. Si no hubiera sido porque Dartigues cambió dos veces de establecimiento y perdió todas las economías de su suegro en una tentativa de procedimiento para fijar los colores en las telas de algodón, todo habría ido perfectamente para aquella familia. El inspector se consoló de la pérdida de su dinero diciendo con tierna confianza:

— Dartigues ha fracasado esta vez, pero se desquitará en la primera ocasión y yo recobraré mis fondos. Un hombre de su inteligencia no puede menos de salirse con su empeño. En sus manos mi dinero está colocado al ciento por ciento.

El dinero no volvió á pesar de las frecuentes ocasiones que Dartigues encontró todavía después de su desastrosa intentona. Un día, tiempo después, el soñador se figuró que si el resultado no correspondía á sus deseos, era porque las provincias no son un buen teatro para un artista como él y no pensó ya más que en ir á París. Declaró este deseo á la familia, pero á las primeras palabras tropezó con una resistencia que nunca había encontrado en aquella gente conciliadora y crédula. El horror del provincial hacia los viajes, el temor de la gran ciudad y la inquietud de lo desconocido hicieron refractarios por primera vez á los padres de Francine á las seducciones de aquel pico de oro. Les pareció que, suspendidos al borde de un precipicio, se les pedía que se arrojasen á él, y expresaron su angustia con una vehemencia que exasperó á Dartigues, que no era de esos á quienes la contradicción detiene. Toda oposición caldeaba su imaginación como una caldera y, enteramente alucinado, era capaz de los

esfuerzos más inauditos para forzar las resistencias y salirse con la suya. Era tal la locura que se apoderaba de él, que consideraba como sus mortales enemigos á los que intentaban cruzarse en su camino.

Espantó á Francine con su vehemencia y causó la desesperación de los viejos, que comprendieron que nada le impediría ejecutar su proyecto. Por primera vez, el inspector sospechó si su yerno sería más bien un maniático que un hombre de genio y si la frecuencia de sus combinaciones, todas seguras á pesar de fracasar indefectiblemente, sería la prueba del desequilibrio de su cerebro. Hubo un momento en que pensó que acaso conviniera buscarle una plaza en el manicomio de Saint-Yon. Sin embargo, la desesperación de Francine, un resto de confianza en aquel diablo de muchacho y el temor de contrariarle, decidieron al inspector á no romper con su yerno. Pero le negó todo auxilio y le declaró que con ningún pretexto dejaría Rouen, aunque siempre tendría en su casa un sitio para los hijos aventureros que tan gravemente turbaban la quietud de sus padres. Después de esto, Dartigues, que no tenía rencor alguno y no veía en nada más que el resultado inmediato, abrazó á su madre y á sus suegros y, muy alegre por su libertad, se marchó con su mujer.

En París se decupló su agitación. Había previsto bien que el terreno de la gran ciudad era más propio para los cultivos quiméricos sobre los cuales se ejercía su actividad. Pero no había sospechado que la miseria sería allí cien veces más dura que en la tranquila provincia, donde todos están más dispuestos á ayudarse, porque se conocen, que en este inmenso París, donde todo el mundo ignora quién es su vecino y marcha armado para el ataque y la defensa como en un perpetuo estado de guerra. Los capitales, que se rehusaban